Otra campesina de Crespale cuenta del modo siguiente los trances de su amor: — «La primera vez que vi á mi hombre era la fiesta de la Virgen de las Gracias. Un día, entre otros, viene á casa una tía mía y me llama. Ven acá, Betta, oye; tengo que decirte una cosa: aquel mozo de Vellano que te ha visto en la iglesia, ¿te acuerdas? *te vió tan alegre y con aquella sonrisa*, que ha puesto sus ojos en ti; y mientras te pudo ver, te ha estado mirando y ha dicho: — «Aquella es la muchacha que me conviene; ha de ser mi mujer, *me gusta demasiado.*„

Una muchacha de Cutigliano escribe á su amante: — *Solo con poder tomar alguna bocanada de aire donde tu respiras, estaria contenta.* — La misma, en otra carta, temiendo ser abandonada: — «Acuérdate bien de que hay un Dios sobre nosotros; que si tu *tuvieras el corazón inclinado á hacerme traición,* no te daría tiempo para ello.„

En una canción hay la palabra *desgarra-muchachas* por amante voluble; y una pobre muchacha abandonada dice ingenuamente á su novio: *¿Cómo quieres que yo pueda vivir?* Diez sílabas en las cuales hay más amor que en todo el cancionero de un *Petrarquista.*

*
* *

Dejo de trasladar gran número de palabras y de expresiones del lenguaje de los campesinos, que no podríamos usar. Pero hay muchas entre éstas que dan tanta gracia y tanta originalidad al discurso, que sería lástima dejarlas á un lado. Quiero decir de aquellos vocablos y modos que se suelen llamar ilustres, y que no convienen al lenguaje familiar.

Por ejemplo, no habrá quien pueda contener la risa figurándose á un campesino el cual pronuncie las siguiente proposiciones: — Tenia una *doctoranza* en su decir, que se quedaba uno con la boca abierta oyéndole.

Cuando se vuelve á la costa viniendo de la mar, guay del que no tenga un poco de *riguardanza.*

Para ser pobre gente, le han llevado al cementerio con *onorancia.*

Se ve que el vino de las cubas no ha tomado *posanza.* Es preciso que el sol adquiera *posanza* para derretir la nieve. Tengo *temencia* (temor continuo) de que se haga daño.

Viejo, y tenía en el corazón la *ardencia* de la juventud.

Estaba consumida, y todos me miraban como

una maravilla de dolor, *una maravilla de dolencia.*

Trabajaba por adquirir *nombradía (nominanza).*

Uno de los niños murió porque no tuvo *custodimento.*

Ahora le referiré el *andamiento* de mi pierna (se entiende de su mal).

Me hubiera comido las manos, de lo que me roía por dentro.

No me alimentaba mas que de plantas y de suspiros.

Me pusieron delante un frasco y pude beber á caño suelto, figúrese. Ante esta *confortación* inmediatamente recobré la vista.

Este aire es una *aspiración* de salud.

Hago notar la comparación *llorar como una vid cortada* y la graciosísima expresión *mujer portera*, por mujer que está siempre en la puerta *buscando habladurías* y murmuraciones contra unos y otros: tan diferente de aquellas buenas mujeres que *trabajan de genio* (con afán), que *todo el mundo quiere bien*, que no se *ponen á mal con nadie* y que no se preocupan de las maledicencias, teniendo como máxima que *un par de oídos sordos hacen callar cien lenguas.*

*
* *

Véase si hay algo más gracioso y más expresivo que las frases siguientes recogidas todas de boca de campesinos y esparcidas por el libro de Giuliani.

—El reloj camina sin miramiento, *y no dice la verdad.*

—¡Qué hermosa noche! Es un haz de estrellas.

—Los ricos á veces están peor que nosotros, porque *tienen el gusano que les roe día y noche.*

—Yo no dije una palabra; pero lloraba para mis adentros.

—Si contase todo lo que he sufrido en el mundo, sería *una leyenda que haría temblar.*

—Quería oir, quería saber (habla de uno que so color de pedir *albergue*, se había metido en casa para robar); le *faltaba la tierra bajo sus pies.*

—Ni siquiera *tocaba la tierra de alegría.*

—No pestañea de tan fijo como la está mi-

—Créame, que cuando se quiere bien, de veras, las *palabras mueren en la boca.*
rando.

—¡Qué agua! *Es una frescura que rompe el vaso.*

—Quiero volver á casa, porque de otra suerte aquel bendito viejo me traga viva.

—*Un día para mí vale por tres* (habla un viejo): *bajo*, *extraordinariamente*.

—La caridad bien practicada *la escribe Dios en el cielo*.

—¿De qué sirve desesperarse *si este mundo es un soplo?*

—¿Conocéis á mi hijo? Vuestro hijo se *inclina á aquella idea* (se le asemeja). *Le recuerda hasta en los cabellos*.

—Mi marido trabaja tanto, que cuando vuelve á casa se mete en la cama á escape y *se despierta* del mismo lado que se echa.

¿Cómo diríamos eso, nosotros, gentes del Norte, cuando no tuviéramos tiempo para pensar en ello? «Se despierta en la misma posición... en la misma actitud... en la cual...»

*
* *

Sería digno de hacerse con este libro á la mano un estudio sobre aquellos modos y construcciones que los fautores de la prosa acompasada rechazan con horror, y que los innovadores, que atienden á la expresión más que á la regularidad del estilo, por el contrario, buscan y emplean, no sólo sin escrúpulo, sino con predilección marcada. ¿Qué debemos decir de estas

licencias en la concordancia de los nombres, pronombres y verbos? ¿Cuáles se pueden adoptar? Manzoni no dudaría en contestar que sí, porque él mismo ha escrito en su *I Promessi Sposi* (edición corregida) muchísimas proposiciones semejantes á las incorrectas.

Pero no obstante esos ejemplos ilustres, estoy de parte de aquellos que creen que no se deben seguir. Que se deba preferir un idiotismo eficaz y expresivo, gráfico, á una pedantería de efecto contrario, estamos conformes; pero con la condición de que aquel idiotismo sea indispensable para expresar aquella determinada cosa; de que cuando haya dos expresiones de igual valor en donde escoger, una contraria á la gramática y otra no, se elija esta última; y de que no se considere, por último, todo idiotismo como una joya por la sola y única razón de ser tal idiotismo.—No deben violarse por capricho las leyes de las síntaxis regular. En verdad que cuando se habla se emplea á veces formas más violentas y forzadas; pero es por descuido ó porque no se habla bien, y claro el que si se debe escribir como se habla, es cuando se habla correcta y elegantemente. Comprendo que cuando los que hablan son muchachos, trabajadores ó campesinos, se les haga hablar con todas esas impropiedades é incorrecciones que son una imitación de su lenguaje; imítese-

le, refiérase tal cual ellos hablan. Pero no se alcanza á comprender bien por qué el escritor tenga que hablar el mismo lenguaje, aun cuando hable de propia cuenta y de materia que en nada absolutamente reclama la sencillez extremada en el decir. ¿Dónde iríamos á parar por ese camino? Transigir con las faltas de gramática es una cosa; adorarlas otra. Se acabaría por considerar como la prosa mejor, la más plagada de disparates y la más trivial. Hay, es cierto, muchos modismos y construcciones populares grociosísimas que no disuenan en el lenguaje correcto; otro quizás no piense así y proscriba aun estas mismas; es asunto de gusto, y sobre gustos no hay nada escrito.

Esta hermosa habla de los campesinos toscanos, que ha conservado toda su antigua pureza, puede servir también para quitar muchos escrúpulos á aquellos que, escribiendo el italiano, se apartan con horror de todos los modos de su dialecto, como si todos fuesen necesariamente *no italianos,* por la razón única de que pertenecen al *dialecto.* ¡Cuántos italianos de la Italia septentrional se quedarían perplejos ante las formas toscanas! Todas aquellas maneras de cerrar los períodos que ponemos en uso al hablar, sin darnos cuenta de ello y nada más que porque el oído lo reclama, deben aprenderse, así como aquellas palabras juntas que se di-

cen, no porque el sentido lo requiera, sino porque lo exige la armonía.

*
* *

Volviendo ahora á las bellezas de la lengua campesina que Giuliani recogió con tanto amor, asombra pensar el esfuerzo que hubo de costarle este trabajo; lo admiro porque también yo conozco á los campesinos toscanos, y sé, por experiencia, cuán difícil es hacerles hablar como es preciso que hablen para que un colector de lengua popular se pueda valer de ellos.

No es que no traben una conversación de buen grado; al contrario, son muy corteses, y una vez empezada aquélla, tendrían á raya á toda una Academia. El mal está en que cuando advierten que se les hace hablar por oirles, ó temen ser motivo de broma y se escurren de entre las manos, ó complaciéndose en nuestra admiración, y queriendo hacerse más merecedores de ella con un lenguaje escogido, comienzan á soltar discursos tan enrevesados, tan distantes de la gracia y diafanidad habituales en ellos, que os hacen soltar, como suele decirse, el pan de la mano. Me acuerdo de un campesino, que en vez de decir *he bajado porque tenía*

que decir una palabra á Fulano, queriendo hablar en forma distinguida, me dijo: *he descendido á causa de tener que decir una palabra que tuve la idea,* etc., y no me acuerdo ya cómo concluyó.

No basta que el folklorista recorra el campo y pregunte á los campesinos; es necesario ganarse su confianza, adquirir familiaridad con ellos, aprender á hacerles discurrir sin que lo adviertan, hallar modo de que repitan diez veces la misma conversación, y otras artes en que no todos son hábiles ni obtienen resultado. Giuliani lo ha logrado admirablemente. Lo curioso es que la mayor parte de estas gentes creen hablar mal.

Un obrero sienés, por ejemplo, dice á Giuliani estas ingenuas y graciosísimas palabras: «Me parece usted forastero, porque *su parla no combina con la nuestra.* Ya sabemos que quien habla peor somos nosotros; es preciso que nos compadezcan; somos pobres trabajadores del campo que no conocemos la lectura.»

Así me acuerdo de una muchachilla florentina, hija de un barbero, que dijo sinceramente: *¡me gusta tanto como hablais vosotros los piamonteses el italiano!*

*
* *

Los campesinos hablan con frecuencia y de buen grado de su salud y de sus males, y por esto hay en el libro de Giuliani gran número de expresiones muy gráficas relativas á tal asunto.

En un tiempo era tan gallardo que desafiaba al viento, dice un campesino.

Atraviesa el aire como una saeta.—Va, que ni una saeta le alcanza.—Corre que vuela.

Tiene un brazo que no tiene compañero.—Es pequeñillo, pero resiste como el acero.

Pero desgraciadamente hay más ocasiones de hablar de males que de salud, y por tanto hay mayor cosecha de frases en aquel campo que en éste.

—Pobrecillo; al verlo, se cae por todas partes,—respira con fatiga,—está blanco como un muerto,—sin fuerza para echar el aliento siquiera.

Está en las boqueadas.—Está para vivir poco.

En ocho días de fiebre ya no se le conoce.

¡Pobrecillo! ¡En qué ha venido á parar! Creerá durar mucho, no lo creo; las peras medio pasadas con un golpe de viento caen á

tierra.—Cuando el golpe mortal llega, cae uno á tierra como pera pasada, y donde uno da allí se queda.

Se destruye onza, á onza y sin embargo siempre tiene aquella sonrisa suya en los labios. No se quejaba ni cuando el mal hervía en sus entrañas.

Se le murió el padre; la gran pasión de ánimo le fué echando más abajo cada vez, hasta extinguirse como una candela.

Tiene sano el interior, pero no tiene la cara sonrosada de antes.

Véase si es posible pintar tan maravillosamente una figura humana como lo hace una pobre campesina en las palabras siguientes:—... *Pero si tiene las señales de la muerte en la cara; no ve ya la luz; desdentado, con la cabeza sin un pelo y la cara rugosa, la muerte no podria figurarse más al natural.*

Los vocablos, elipsis, cadencia, sintaxis, todo coadyuva á la evidencia de la descripción. Son otras tantas pinceladas; no hay una que sea superflua ni una que falte. Alguno, estoy seguro, leyendo las palabras y frases antedichas, dirá que las *conocía*. Estoy persuadido de ello. Pero conviene repetir la consabida observación de que en materia de lengua *conocer* no significa *saber*, porque *saber* quiere decir tener á mano, en los labios, pronto á la necesidad: quiere decir

servirse de la lengua. ¿Qué importa saber que existe la expresión *cosa de poco*, por ejemplo, si cada vez que ocurre expresar aquella idea se dice y se escapa al hablar y al escribir; *cosa de poca importancia?* Cada uno de nosotros, italianos de las provincias septentrionales, poseemos en los escondrijos de la mente una parte de lengua viva, expresión hermosa,—una parte de la lengua recogida en el libro de Giuliani;—pero que no empleamos, porque no es bastante *nuestra*, porque precisamente está allá en las profundidades de la mente, pero no en la punta de la lengua y de la pluma, como la tienen los toscanos. Por esto, el estudiar la lengua, para una persona culta de nuestra provincia, no es tanto aprender palabras y modismos nuevos cuanto reavivar en la memoria, mezclar, apoderarse mejor de lo que se ha adquirido ya; aprender á gastar el tesoro escondido; adiestrarse en todos sentidos en el manejo de un instrumento que sólo se sabe manejar de un modo.

*
* *

El tiempo es otro asunto predilecto de conversación para los campesinos; por lo que el libro de Giuliani es muy rico en expresiones é imágenes que se refieren á él.

El sol cocía la carne sobre los huesos.

He aquí una admirable descripción que hace una pobre campesina de las montañas de Pistoia, cerca de Castiglione:

«El viento golpeaba fuertemente, los castaños agitaban sus copas, el aire atronaba, se oía un mugido que parecía aullidos de muerte.»

A pesar de esto, paréceme que el lenguaje más lleno de imágenes y más poético es el que se refiere á la agricultura, del que nada copio.

Ese es, en fin, «aquel dialecto como todos los demás», ó «el dialecto que más se acerca á la lengua» y que tendría «la pretensión de hacerse considerar como lengua;» aquella *jerga toscana*, por último, que la ignorancia presuntuosa y vana de muchos, no quiere ni admirar, ni estudiar, ni sentir.

—¡Parece imposible!—decía Manzoni sacudiendo la cabeza con una sonrisa entre triste y airado.

ÍNDICE

Páginas.

I.—Observaciones psicológicas sobre la expresión del rostro humano..... 17

Retrato de Carlos Piaggia.

II.—Carlos Piaggia, explorador de Africa.... 71

III.—La lectura del Diccionario..... 117

IV.—Apuntes..... 131

Retrato de Casimiro Teja.

V.—El primer caricaturista italiano: Casimiro Teja..... 143

VI.—Una palabra nueva..... 163

Retrato de Víctor Hugo.

VII.—El primero de los poetas..... 175

VIII.—Lo que se puede aprender en Florencia.. 243

Retrato de Emilio Zola.

IX.—El maestro del realismo..... 255

X.—Del «folk-lore» de la Toscana..... 317